

EL AMOR

Tras largos periodos de pena y culpa
lacerados por el canto del volcán y,
siendo audaces tras
las últimas noticias,
vinimos a una playa
torneada por una baranda de cobre
diseñando la voluntad de la mar.

Fue el primer gesto
de una época atildada
con besos de púrpura
tierras entibiadas
que abrían
sus pliegues
a un entendimiento
sin aderezos.

Una alegría sin brújula
ni destino fijo,
un bienestar
que hizo saber
el plomo incrustado
en la atonalidad del cuerpo.

Ideas afectadas
por temores venenosos
que acribillaron
tanto tiempo
la historia cotidiana
del dolor.

Porque, al querer entendernos,
terminaba doliendo la respiración.
Y nos duelen aún las voces
tras intentar redimir malentendidos.

Más que eso.
Cada vez que el desentendimiento
nos dañaba fielmente
se encendía una luz.
Luz irracional, analfabeta.
Alumbramiento del turbión.

De modo que una proximidad,
cercana a la amarga linterna
creó una maniobra modesta
ante el temor
de ser encerrados
en oscuros azucareros de hierro.

LA MUERTE

Y yo pensaba: te envidio.
Te envidio especialmente
en lo que pudiera parecerse a mí.
Es decir, en todo aquello
que aborreciéndolo era mi vida.

Pero si lo que caracteriza al amor
es la ausencia de enjuiciamiento,
¿cómo dejar entonces de nadar?

Aunque debiéramos
condonarnos con facilidad.
De hecho, te añoro cuando me elimino.
¿Me amas tú? No puedo creerlo.
Te amo yo
miméticamente emocionado
y en esto consiste la ficción.

Nos entristecemos, sobre todo.
por la pena que nos damos.
Ni yo aspiro a enseñarte nada
ni tú puedes imbuirme nada.
Cada cual con su casa y su sepultura.
Ambos con su nombre en el buzón.
¿El domicilio?
¡Claro que tú deseas estar lejos de mí!
De paso consigues estar lejos de ti.

LA MENTA

En bosques sin fin
aullaban los metales
extraídos de acuosas ciudades sin luz.
El agua sin ciencia alguna.

Perezosos expertos se ausentaban
en las noches de insectos y
los médicos dictaminaban males
sobre breves pozos de llanto.
Tal como si el amor hubiera huido
y una marea de enaguas contaminadas
merodeara la costa principal.

Otra marea de rumores se apegaban al oído
mientras una música candeal,
colmada de aliento progresivo,
llegaba para cambiarlo todo.

Láminas de azúcar
definían un horizonte
de rebaños traspasando
los macizos de flores.
Una constelación de lobos amarillos,
como pepitas de oro,
sembraban el aire de fósforo
para parecer que nada obcecaba
la mirada y el ojo.

Minutos de muerte
y cenas mortales,
sin finalizar.
Vidas que concluían tempranamente
sin advertir sus asesinos a sueldo.

Cundían, además,
largas colas de ciervos volantes.
Imanes como monedas
y un sinfín de plantas
esteladas para tu respiración.

Zonas obviadas o informes
como la espuma
del más puro y libre más allá.

La mayor libertad se obtiene
cuando desaparece el deseo de agradar.

Se oían entonces los coches pasar
como un estruendo de animales.

Y el libre retumbo de sus
pasos encendía el sexo sin hogar.

Duele querer y desear.

Penitencia de la apetencia.

Los ricos se complacen en las hornacinas
y los pobres se reúnen
como ceniza en los santuarios.